

— ¡Ah! — dijo el mayor sorprendido.
— Sí — dijo Jorge. — ¡Se creería que comienza á querernos!

Aquella misma noche el marqués tomó el tren para París.

— ¡Voy á verla! — se decía.

Y Jorge, que le acompañaba á la estación:

— Esa joven era mi felicidad y la he perdido tontamente. ¿Quién me la devolverá?

XXIII

Calle de Luis el Grande.

— ¿Señor Chavarux?

— ¿Señor?

— Sois un joven formal.

— Procuro serlo.

— Honrado...

El pasante hizo un gesto de modestia.

— Sí, sí. Yo no quiero suponer lo contrario. En primer lugar, me habéis sido recomendado por un amigo de mi pobre padre, en quien tengo una confianza ilimitada; uno de sus antiguos compañeros de carrera. Después sois muy activo, muy laborioso — tengo pruebas de ello — y muy dispuesto.

— Señor...

— Sí, sí. He reconocido en vos todas esas cualidades. El señor Pilet no me había engañado al hablarme también de vos... Haréis fortuna en el notariado... es seguro... ¿No habéis tenido sueldo hasta ahora?

— No lo he pedido, señor.

— Debéis cobrarlo... Además, yo no quiero que nadie trabaje en mi casa sin retribución...

No tengo que recibir regalos de mis paasntes. ¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí?

— Siete meses.

— ¿Tanto?

— Un poco más.

El notario tocó un timbre.

Una puerta se abrió á la izquierda de su gabinete.

Apareció una cabeza de cabellos grises, pálida como marfil viejo, sin barba, afeitada como la de un sacerdote.

Era el cajero, un hombre de cincuenta y cinco años, que representaba setenta.

— ¡Chauvet! — dijo el patrón.

— ¿Señor?

— Daréis á este joven dos billetes de mil francos por lo atrasado, y á partir de hoy trescientos francos mensuales, por ahora.

Bernardo Chavarux tuvo una pequeña contracción en la cavidad del estómago.

— ¡Dos billetes de mil francos! ¡Bonito negocio!...

Su fisonomía expresó un profundo agradecimiento.

— Es demasiado, señor — murmuró. — Eso es demasiado... El honor de estar en vuestra casa...

— No, no. ¡El honor sin dinero, vale poco!.. ¡Nada de caballerosidades; lo positivo!

El notario hizo una seña al cajero, que desapareció como si hubiese sido lanzado por un resorte.

El pobre diablo era el hombre de la obediencia pasiva, la pasta de que se hacen los esclavos los heroes del apostolado.

El señor Merlin, tan luego como el cajero

hubo desaparecido, hizo que Chavarux se sentase cerca de su escritorio.

El notario era hombre de treinta y siete á treinta y ocho años, de una elegancia superior y cuya presencia no tenía nada de comun con la de su padre, á quien había sucedido tres años antes.

El aspecto del padre era digno, sencillo, patriarcal con su clientela; el del hijo era el de un vividor, amigo de los intereses, tratando ligeramente, pero con formas, á sus clientes, y afirmando corrientemente que la vida es una batalla en que cada uno combate por sí.

Soltero, buena figura, buen jinete y parroquiano de las salas de armas, asiduo concute á la Opera y sobre todo al foyer del baile.

Nada de asistir á las carreras ni círculos donde se juega, por el poco favor que hubiera podido resultar para su estudio.

Además muy rico, ganando mucho dinero, teniendo casa de campo y coto de caza en Sena y Marne y habitando una magnífica casa propia, que era como la garantía de un crédito á toda prueba.

Chavarux esperaba en la aptitud de deferencia que un pasante debe tener con su patrón, sobre todo cuando este patrón es ocho ó diez veces millonario.

El señor Merlin no acababa de decidirse á hablarle, se acariciaba las patillas y pasaba su lengua por los lábios, como el hombre que se dispone á tomar una resolución espinosa.

Y, en efecto, se trataba de un caso difícil, de uno de esos secretos de familia como todos los notarios de Paris poseen alguno.

Después de todo, ¿qué probabilidad había de

que aquél joven recién llegado de su provincia pudiese abusar de él?

En primer lugar era discreto, activo é inteligente. Y ambicioso también.

El patrón adivinaba todo un plan de porvenir, un gran deseo de dinero, una ánsia de fortuna, bajo aquel ardor por el estudio y la respetuosa abnegación del auvernés.

Después, ¿á quién conocía en Paris?

A nadie.

Luego tenía todas las condiciones de garantía que eran de desear.

—Chavarux— comenzó diciendo el señor Merlin— voy á encargáros un pequeño trabajo de confianza, ¿entendeis? ¡De absoluta confianza!

Miró el reloj.

—Espero á una persona para quien son estas copias. Estará aquí dentro de una hora, tal vez antes... Es preciso darse prisa. El tiempo es corto. Aquí teneis el legajo. Entrad en el despacho de al lado y poned manos á la obra... Es inútil deciros que es preciso la mayor discreción.

Al mismo tiempo entregó al pasante un rollo de papeles con una cubierta azul sobre la cual se leía:

Sucesión de Büres.

Chavarux los cogió y se dirigió en seguida á la puerta que daba frente á la del cajero.

El patrón le llamó de nuevo.

—Copiad todo muy claro. En una palabra, formad un legajo exactamente igual á este. Pronto, En papel simple.

—Está bien.

—¡Id!

Las copias eran, en efecto, no muy largas ni difíciles de hacer, pero no carecían de interés.

El primer documento que llamó la atención del pasante fué el testamento del vizconde de Bures.

Este testamento estaba hecho en Lugano.

Ya lo conocemos.

Por este testamento, el vizconde legaba á la criatura que debía nacer de Magdalena de Arvil todos los bienes que le pertenecieran á su muerte.

Encargaba al coronel de Brancur, su tío, del cumplimiento de sus últimas disposiciones.

Los otros documentos contenían un estado de la fortuna del vizconde en el momento de su fallecimiento, y cuentas que demostraban que por las gestiones hechas por el coronel en el empleo de las rentas del capital, ascendía éste con sus intereses á cerca de doce millones, y por fin, la última nota, redactada por el difunto Merlin, padre y antecesor del notario, en que constaba que, á pesar de todas las pesquisas hechas, y que habían costado sumas considerables, la criatura, una niña, como había declarado la señorita de Arvil al coronel Brancur, no había podido ser hallada; que no se sabía ni en qué país había sido educada, ni que había sido de ella, ni aun si vivía; que la condesa de Arvil al perecer con su doncella en el accidente de Bellegarde, había llevado su secreto á la tumba.

Al principio, Bernardo Chavarux transcribía maquinalmente lo que tenía ante su vista.

La pluma corria sobre el papel.

Después, de pronto, se paró.

Esto fué en el momento en que copiaba el documento redactado por el difunto notario.

Un repentino rayo de luz alumbró su imaginación.

En la catástrofe de Bellagarde habían perecido dos mujeres, la señora de Arvil y su doncella.

Dos mujeres también habían ido á Vichy á llevar á la criatura confiada á su madre, y aquella criatura era una niña.

La Claudia se lo había contado cien veces.

Y aquellas mujeres eran ricas, al menos la señora.

Por otra parte, la hija de Magdalena de Arvil había nacido en Lugano.

Ahora bien, Bellegarde estaba en el camino de Vichy á Lugano.

Las dos mujeres debían volver á este último punto cuando les sorprendió la muerte.

Esto no era, sin duda, más que una presunción; pero esta presunción se cambió muy pronto en certeza en la imaginación del pasante.

En el momento en que ponía punto final á sus copias, hubiera jurado por todo lo que se hubiera querido, que Aurora Milton era la niña á quien correspondía aquella herencia tan colosal á sus ojos.

Y no era esto todo.

A aquella herencia habría que aumentar la cuantiosa fortuna de su madre.

En un acceso de cólera contra sí mismo, se mordió las yemas de los dedos.

Había vivido dieciocho años al lado de aque-

lla Aurora, sin comprender qué tesoro tenía entre sus manos.

Con algunos cuidados, algunas atenciones, hubiera podido hacerse amar de ella, y se había conducido con ella como un salvaje.

Después le ocurrió una reflexión que disminuyó su despecho.

Después de todo, si ella le hubiese amado, él no hubiera salido de su país; no hubiera ido á París jamás; hubiera, pues, ignorado el secreto que una pura casualidad, la confianza mal empleada de su jefe, le permitía conocer.

¿Qué haría?

¿Cómo se aprovecharía de lo que acababa de saber?

¿Dónde estaba Aurora? Y aun cuando la encontrase, ¿qué podía sentir por él si no el más profundo desprecio?

Estaba á esta altura de sus reflexiones, cuando un campanillazo vino á distraerle de ellas.

Abrió la puerta.

En el gabinete del notario vió á un caballero de edad avanzada, alto y muy vigoroso, á quien ya había visto alguna que otra vez.

Llevaba abierto el pardesú, y en el ojal de su levita se veía la roseta roja de la Legión de honor.

Su bigote largo y ya gris, denunciaba en él al militar veterano.

Se conocía á primera vista que no era un burgués cualquiera.

—¿Está hecho eso?—preguntó el señor Merlin.

—En seguida.

—Despachemos.

Chavarux dejó la puerta entreabierta. Una colgadura de terciopelo verde le separaba del despacho del notario.

Evidentemente, el cliente que esperaba las copias que el notario le había encomendado á él, debía ser el coronel de Brancur.

No había que dudarle. Mientras Bernardo concluía su tarea, el coronel y el notario hablaban amistosamente, como gentes que se conocen de largo tiempo.

Chavarux prestaba oído y no perdía una palabra de su conversación.

—¿De modo—dijo el señor Merlin—que vuestra amiguita no quiere ni aun oír hablar de matrimonio?

—No.

—¿Es lástima! Yo la hubiera propuesto más de un pretendiente.

—Yo también—dijo el coronel.

—Pero todo sería en vano.

—¿Está inconsolable entonces?

—Inconsolable, amigo mío. Sin embargo, el tiempo lo borra todo.

—Todo, amigo mío, esa es la regla; pero no hay regla sin excepción.

—¿Y la señorita Arvil es una de ellas?

—Es indudable.

Chavarux sabía ya á qué atenerse.

Era de la señorita Arvil, del legajo que él estaba copiando, de lo que se trataba.

—Ya comprenderéis, querido—repuso el conde,—que con los grandes sufrimientos que la pobre ha tenido se ha habituado á una especie de retiro, del que no se la puede hacer salir. Y además, lo que ella dice es verdad. Cuando se toma un marido, es difícil ocultarle sus se-

cretos, y los hay en su pasado que serían penosos de explicar... Su altivez se negaría á ello... Por inocente que sea, no quiere rebajarse á confesiones que la repugnan... Quiere permanecer dueña de su secreto, de su persona y de su fortuna, y yo lo siento, pero no puedo reprochárselo.

—Y es una alhaja perdida —observó el señor Merlin— y muy buena. Rica y hermosa, joven aún y fresca como á los veinte años... Francamente es una lástima, confesadlo, coronel.

El coronel de Braucurt contestó bruscamente:

—A quién se lo decís. ¡Ah! sí yo no fuese viejo...

Y añadió suspirando:

—Al menos á mi no tendría confidencias que hacer, ninguna confesión, ninguna explicación que dar. Yo sé cuán irreprochable, cuán buena y degrading es.

—Su gran dolor es la pérdida de su hija— observó el notario.

—Sin duda, el resto está lejano, mientras que esa pena está siempre presente y va creciendo. No hay remedio. Imposible encontrar una huella, un indicio. A decir verdad, he renunciado á ello desde hace tiempo. Si trato de hacer que conserve alguna esperanza es por consolarla, pero sería preciso un milagro y yo soy de la raza de Santo Tomás, incrédulo.

El coronel y el notario hablaban del asunto con indiferencia, como hombres que á fuerza de oír hablar de una cosa concluyen por encontrarla banal.

—Por fin— repuso el coronel— no me habéis dicho lo que debe hacerse de esa fortuna en el

caso en que sea imposible encontrar á esa desgraciada.

—¡Sí, sí! Bien lo sabeis vos... Os corresponde de derecho.

—No la quiero.

—Haceis mal.

—No. Tengo mis razones y poderosas. ¿Queréis que os hable con franqueza?

—Sí.

—La principal es que no la necesito. Quisiera, con todo mi corazón, encontrar á esa niña, suponiendo que viva, que lo dudo. La daría no solo eso, sino también todo lo que yo tengo; á mi muerte, bien entendido. Yo no tengo á nadie. No quedan más Brancur, desgraciadamente. Los de Bures concluyeron con el desgraciado Roberto, que era una perla, amigo mío. ¡Ah! comprendo que Magdarena no quiera ya á ningún otro. No tenemos más parientes. ¡Qué queréis que haga de tantos millones! Tengo, por mi parte bastante y aun de lo que tengo no sé qué hacer. Es preciso convenir en ello.

—¡No os inquietéis, coronel!... ¡Encontraréis muchas gentes dispuestas á tomarla!

—¡Tal vez, pero no quiero que se sospeche de mí!

—¿Qué teméis?

—¿Qué?... Voy á decíroslo. El hombre no es perfecto, amigo mío. Quiero á Magdalena, esto es á la señorita de Arvil, como si fuera mi hija... ¡Remplaza, para mí, á mi hermana la señora de Bures, á mi sobrino Roberto, á todos los que he perdido, en resumen! ¡Pero la quiero también un poco de otra manera! ¡Oh! Ella ni siquiera lo sospecha. Hay más aun... No lo

sospechará nunca. Comprendo lo ridículo que yo sería hablándola de los sentimientos de un vejete como vuestro servidor.

—No tanto coronel.

—¡Vamos! ¡Vamos! Sé bien lo que se pensaría y lo que yo mismo pensaría de mí, si hiciese semejante locura... Además, no me atrevería á abordar la cuestión con la principal interesada.

—¿Tan tímido sois?

—Para con ella sí. Ahora comprendedme bien. Tiene en mí su confianza... ¿Qué diría el día que habiendo perdido toda esperanza de encontrar á su hija, me viese entrar en posesión de la fortuna que la está destinada? ¿No podría suponer que, enamorado á mi vez de esa bestia inmunda que se llama el vellocino de oro, que no había puesto el celo necesario en buscar á esa pobre niña perdida... que un interés?...

—¡Oh! coronel.

—Todo lo que queráis es posible. Que estoy por encima de esas suposiciones lo sé... Esto no impedirá que nunca entre un céntimo de esos bienes en mi bolsillo, á fé de Brancur...

—¿Qué haréis de ellos?

—¡No lo sé! Los daré para obras piadosas igual que los míos... Esto es lo mejor ¿no os parece? Los pobres se aprovecharán... Sé muy bien que en la administración hay despilfarro, pero ¿qué le voy á hacer?

El señor Merlin se impacientaba.

Llamó de nuevo.

Chavarux reapareció. Tenía el legajo en la mano.

—En este momento le he concluido—dijo.

Esto no era verdad pero sí verosímil.

El notario hojeó los documentos, se cercioró de que todo estaba completo, y entregó la copia al conde de Brancur que se levantó diciendo:

—¡Muchas gracias! Ahora podré consultar para saber lo que tenemos que hacer... Pero preferiría encontrar á la pequeña. Esto me quitaría un gran peso de encima. ¡Y que alegría para la madre!

Metió los papeles en el bolsillo del gabán, tendió la mano al notario y salió.

Chavarux y su principal quedaron, solos.

—¡Eh!—exclamó el señor Merlin;—¡pasan cosas raras en este mundo! Hé aquí una desgraciada que podría tener una porción de millones y que tal vez se muera de hambre en una guardilla.

—¡Oh!—exclamó el pasante—¿sería tan rica?

—Enormemente. Tres fortunas: la del vizconde de Bures, la del corouel, que está chiflado por la madre, y la de la señorita de Arvil que es la mayor de todas.

—¿Y no se ha podido encontrarla?

—Ni siquiera se sabe á dónde dirigirse. El mundo es grande.

El señor Merlin añadió con desenvoltura.

—Pero eso no nos importa... ¡Trabajemos!

—Como dispongais.

El notario dió á Chavarux otro legajo, diciéndole:

—Hay que preparar esta adjudicación de inmuebles. Corre prisa. Ved á Huberto y entendedos con él.

Huberto era el pasante principal, cuyo despacho estaba al lado del notario.

Chavarux estaba preocupado.

Al coger los papeles se preguntaba el partido que podía sacar de lo que acababa de saber.

Aquello era una fortuna.

Estaba tan entregado á estas reflexiones que quedó plantado como un jalón delante del escritorio del principal, que le preguntó bruscamente:

—¿Qué hacéis ahí? Vamos, iros.

Dió media vuelta, pero se detuvo en el gabinete donde había copiado los documentos del legajo de Bures.

Tenía varios partidos para elegir.

Dirigirse á la madre, suministrarla los informes que conocía, mediante una fuerte suma.

No dejaría de demostrarle un agradecimiento práctico y demostrarse espléndida.

¿Pero hasta qué punto?

Esto era lo dudoso.

El coronel de Brancourt se encontraba en igual caso.

¿Cómo abordarlos?

Estas son siempre cuestiones difíciles de tratar.

Con el barón Saint-Aubin ya era otra cosa, el asunto marchaba por sí solo.

¿No le había ofrecido espontáneamente el aventurero una cantidad de importancia por algunos detalles insignificantes?

¿Hasta dónde no llegaría cuando supiese lo que la imprudente ligereza del señor Merlin acababa de revelar?

Por consiguiente hacia este lado era preciso dirigir sus trabajos.

La situación permitía á Chavarux mostrarse exigente.

Ya no eran algunos cientos de miles de francos lo que quería.

Era el millón, esta cifra tan codiciada que en otros tiempos se pronunciaba con una especie de adoración, y que desde hace veinticinco años se encuentra en todos los labios y en todos los sueños.

El pasante esperó la noche con impaciencia, y en cuanto pudo salir del estudio, se fué á casa, se arregló, y no queriendo escribir á fin de no comprometerse, se fué al hotel Saint-Aubin á cosa de las siete y media.

La noche estaba muy oscura y brumosa.

Chavarux dejó el ómnibus en la plaza de la Estrella, y se dirigió con paso rápido hacia la avenida del Bosque de Bolonia.

Cuando llegó á la casa del barón llamó y preguntó al criado que salió á abrir.

—¿El señor barón de Saint-Aubin?

—Está en casa.

—¿Puedo verle?

Dió su tarjeta.

El criado volvió en seguida y dijo:

—El señor barón os espera, si queréis seguirme.

Aquel criado era Jesús Piriac. Acompañó á Bernardo hasta la habitación de su amo, y cuando hubo entrado en ella, se retiró, dejando solos á los dos hombres.

XXIV

La túnica de Nessus.

Cuando Jaime Fugeret salió de casa de la señorita de Arvil estaba transfigurado.